

INICIAL

POETAS MURCIANOS

Ni esto ni aquello

Un nuevo colaborador viene a avalorar las páginas de HERALDO DEL SEGURA don Alfonso Martínez de quien todo elogio huelga ante la muestra brillante de su talento que ofrecen estas páginas publicando su primer artículo

Agradecidos y honrados enviamos nuestro cariñoso saludo al nuevo colaborador y admirado amigo.

Medina Banegas, el culto director de estas hojas volanderas que, nacidas bajo la seda turquesa del cielo de uno de los más bellos rincones de Murcia, van por los caminos del mundo hablando de los milagros que hacen la voluntad y el entusiasmo, acude a mi humildad periodística en demanda de colaboración; y yo, que siento por HERALDO DEL SEGURA una vivísima simpatía nacida en el cuarto que sirvió de cárcel a aquel glorioso escritor y hombre bondadísimo que se llamó Andrés Cegarra Salcedo; simpatía que brotó como una bella floración de rosas vivas oyendo los elogios que le tributaba el formidable creador de «Gaviota», quien en una de sus estancias en la riente Archena colaboró en el acierto insuperable de su bautismo—HERALDO DEL SEGURA—, accedo gustoso a la demanda, gustoso y honradísimo.

Empero una pena siento: la de que este artículo, inicial de mi colaboración, es indispensable que, obligado por la justicia y la devoción, sea para desvirtuar una afirmación hecha en número anterior y en crónica titulada «Reparo», por su colaborador don Martín Perea Romero.

Contestando a Mariano Lorente Conesa que en las columnas de «La Vanguardia» catalana, citó como poetas murcianos de primera fila a Polo de Medina, Arnao, Selgas, Balart, Ricardo Gil, Sánchez Madrigal, Jara Carrillo y Enrique Soriano y omitió los nombres de Pérez de Hita, Frutos Baeza, Martínez Monroy y Vicente Medina, afirma el señor Perea que «los únicos poetas de primera fila que ha dado Murcia son Vicente Medina, Martínez Monroy, Ricardo Gil, Ginés Pérez de Hita, Balart, Selgas y Frutos Baeza». Yo entiendo que hubo una lamentable omisión en el artículo publicado en «La Vanguardia» y una lamentable omisión en el artículo publicado en «La Vanguardia» y un lamentabilísimo cercenamiento en el del señor Perea; yo entiendo que lo justo no es aquello ni esto...

Siento por los admirables poetas que el señor Perea cita como de primera fila una admiración honda, fervorosa, los venero a todos; y en cuanto a Vicente Medina, el asombroso vate de «Cansera», cuya defensa, justificadísima desde luego, diríase ha sido lo que le ha impulsado a escribir su artículo, tengo bien demostrado—léanse determinados números de «El Liberal» de Murcia—que lo considero como un poeta maravilloso, como un mago de la lira; pero entre los poetas murcianos

que citaba el señor Lorente y que olvida Perea, hay uno—Jara Carrillo—que a mi juicio no debe ser eliminado de la lista de los de primera y aún primerísima fila...

Me atrevería a afirmar que don Martín Perea Romero no ha leído la portentosa obra poética del grandioso bardo de «Yegua Lucera». Porque si la hubiera leído y después de conocer esa montaña de belleza afirmó que el creador de ella no es poeta de primerísima fila, esa afirmación diría muy poco en homenaje de su exquisito, refinado gusto literario.

¿Ha leído el señor Perea «La Ría» y «Carta a Vicente Medina»? ¿Ha leído «La divina esposa», «La yegua Lucera», «Palomicas blancas», «La estrofa humana» y «Ofrenda»?...

«Y de Granada la mora,
prendido al arzón de plata
traigo de una serenata
morisca el eco que llora...»

¿Y «Del vivir lejano»?

«Mira que los rosales nacen con suerte...»

¿Y «Mi novia muerta»?

«Dejadme en mi loco empeño
de ir a la florida huerta
en el caballo de un sueño
a ver a mi novia muerta...»

Jara Carrillo tiene versos de todos los estilos, desde aquel que hará inmortal a Vicente Medina al que proclamó a Zorrilla vate casi divino; Jara Carrillo, sin que esto merezca discutirse siquiera, es uno de los mejores poetas murcianos de todos los tiempos, un poeta que pasó las fronteras de su tierra fragante y en el coche de oro con alas de sus estrofas insuperables, en el Clavileño de sus trinos apasionados bellos como los del jilguero en las enramadas floridas de los huertos archeneros, en esas noches primaverales en la que la comba luminosa del cielo es como un palio de seda bordado de puntos de oro viajó por todos los caminos del mundo y allí donde cayera la lluvia de estrellas de sus versos—música inefable—floreció en honor suyo un rosal de admiración. Jara Carrillo fué el cantor del alma murciana, y el poeta que sirvió para cantar alma tan exquisita, es indudablemente un poeta magnífico, alto, altísimo, ingente.

Por eso digo antes, que lo justo no es lo que dijera Lorente ni lo dicho por Perea, porque si aquel omitió nombres de poetas insignes éste eliminó de la lista que hizo a Jara Carrillo, que es un vate grandioso, del que autoridad tan excelsa como Antonio Zozaya ha escrito esto que dirá al lector más que todo lo que yo pudiera escribir:

«Nacido en la tierra de los madrigales, su acento primero fué un madrigal Pero ningún otro poeta murciano ha sabido penetrar tan hondo en el alma de su región.

Enamorado del color, no es, ni puede ser un colorista; quede ello para los vates de relumbrón Pero como Heredia, ha cincelado la línea, como Móreas, ha equilibrado el claro-oscuro; como Lecomte de

L'Isle, ha percibido el ritmo pausado; como nuestro Zorrilla, ha aspirado los perfumes más exquisitos y medidos los sonidos más imperceptibles, aún los temblores de alas. Distingue claramente el hervor de la procesión de los hormigueros oye como el viento se detiene chirriante en las rotas y desventajadas aspas del viejo molino y, llegado a una reja, tras la cual yace marfileño entre cirios el rígido cuerpo de una mujer, se oprime el corazón, como para suspender sus latidos y le dice al silencio:—¡Callal!»

Y hablando de sus versos ha dicho:

«Son los desposorios del genio con la llama infinita, castos, pero que tienen la fragancia de lo soberanamente nupcial; doloridos unas veces como balidos tiernos de recentales, sonoros otras y varoniles como choque de cinceladas cazoletas; siempre humanos y siempre divinos, porque no son el grito de la carne, sino que son el verbo, la pasión, la idea hecha músculos y nervio y piel, la abstracción proteica; que se identifica con todas las formas, sin perder un momento su condición excelsa y su carácter inmaterial.

Son ósculos de luz, depositados sobre hierros de rejas floridas y tracerías monacales y ábsides solitarios y costas roqueñas y fuentes susurrantes y blancas alquerías y cabañas humildes y tallos tronchados y flores exuberantes o mustias y bocas encendidas y ojos que parecen pecados mortales. Son contactos de todo lo que rie y que llora y que se estremece y que vive en el mundo de los ensueños, de los delirios místicos, de los trasportes entrañables y de las esperanzas arrobadoras.»

Muchas cosas más ha dicho el ilustre maestro Zozaya de los versos de Jara Carrillo; pero baste con lo reproducido, que este artículo, inicial de mi colaboración en las simpáticas hojas que dirige Medina Banegas, va siendo ya muy largo, se va haciendo pesado...

Así pues, terminemos; y terminemos afirmando que quien mereció esos juicios de tan alta autoridad como Zozaya, es un poeta; pero un poeta magnífico entre los siempre excelsos poetas murcianos.

Alfonso, MARTINEZ

¡Otra pena!

Para el joven maestro, Luis Carrasco Gómez

Sin delinquir, las leyes respetando, de ilusiones se puede ser ladrón y hasta matar, matar, pues, a cualquiera retorciéndole, haciéndole trizas el corazón...

Porque eso es un delito, todo aquel que nos causa en el alma un dolor, si no lo merecíamos, ¡debiera de cegar por castigo de Dios!

—¡Y entonces en el mundo no habría más que ciegos! ¡¡qué terrible sanción!!—

Por cosas que me callo porque la vida es esa, ha entrado en mi alma hoy la sombra de otra pena.

MARTIN PEREA ROMERO

Este número ha sido visado por la censura

Crónica deportiva

Se celebró el domingo pasado la Asamblea extraordinaria de la Federación regional murciana de fútbol, que tenía por objeto dar cuenta de la dimisión presentada por el Comité federativo, que se consideraba molesto, como representación del fútbol, de la decisión recaída en el pleito de los campos de hierba.

El cónclave no tuvo a bien aceptarla, y por unanimidad así lo acordó, rogando a los señores que lo componen, el que sigan en sus puestos, sacrificándose por la defensa de los intereses de los clubs, aunque luego la superioridad, les decacharre sus resoluciones y les tergiversen los reglamentos, según convengan a las simpatías y recomendaciones que influyan en el ánimo de los señores que componen la Nacional.

Un exceso de delicadeza, hizo a los señores del Comité Regional tomar el acuerdo de hacer esta manifestación pública de sentirse molestos. Pero ellos bien saben, que cuando se atreviesen en su camino intereses superiores, seran otra vez víctimas del ordeno y mando. También saben los clubs, el camino a seguir cuando las decisiones de la Regional no esten de acuerdo con sus miras egoistas y partidistas, y así la Nacional, apoyando este criterio anormal, ha infiltrado un espíritu de anarquía en esta Regional que con el tiempo dará sus frutos.

Se ha planteado pues para el Comité Regional un serio problema. No basta el que dichos señores trabajen por amor al deporte, escuchen a todos y armonizando lo que puedan. El secreto de su actuación, estará siempre supeditado al temor de que la Nacional se inmiscuya en los asuntos que no son de su incumbencia y dejen siempre en mal lugar a los que a pesar de intentar la defensa de las

prerrogativas regionales, se vean mediatizados por los que debieran perseguir el robustecimiento de la autoridad regional.

Claro es que esto sucede, por que los clubs, no han sabido todavía darse cuenta del valor que representa el organismo creado por ellos. Siempre hay egoísmos que defender y atizando la discordia y lanzando la calumnia de los atropellos creen con ello hacer una obra fructífera. El deporte no se hace solo en el campo de juego. Hay otros sitios donde sentirse deportistas; y los prejuicios abundan tanto, que cualquier charla-dor medianamente preparado, satisface su vanidad defendiendo con alevosía las opiniones más extemporáneas con grave daño del interés colectivo.

El Comité Regional Federativo se encuentra pues desde el domingo en una situación embarazosa. A pesar de la reiteración de confianza ilimitada, de todas cuantas pruebas le hayan dado de adhesión, no debe sentirse intimamente satisfecho. Hay que ir a una clara de limitación de las funciones respectivas, de los de arriba y de los de abajo; hay que reclamar también de la Nacional una solemne promesa de que respetará estrictamente los preceptos reglamentarios y de que no alterará jamás, las decisiones de los clubs federativos siempre y cuando no hayan sido impugnados a su debido tiempo.

Por que es doloroso que los hombres poseídos de un alto espíritu de justicia y de amor al sacrificio, sean preferidos por influencias extrañas, destruyendo en un momento la labor de muchos meses despues sentir el amargor de la derrota

BACK.

ANECOTARIO

Popularidad

A propósito de su popularidad entre los madrileños, contaba el gran dramaturgo Dicenta que iba un día, embozado en la capa, en la plataforma de un tranvía, cuando advirtió que alguien intentaba quitarle el alfiler de corbata.

Se volvió rápidamente, y el timador quitándose la gorra, le dijo:

—Perdone, don Joaquín no le había conocido.

Una alma de mujer en los infiernos

En los Infiernos, entre la brillante troupe que estamos seguros de encontrar allí—amantes, bellas mujeres, sabios, poetas y astrólogos,— una mujer encantadora sonreía en medio de las llamas como escuchando los ruidos de la Tierra.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó un recién llegado, conmovido por su expresión.—Ella es la única alma que piensa y espera algo de la Tierra. ¿Que secreto dejó en el otro mundo?

Apenas hubo hablado, otro hombre que tenía en las manos una corona de laurel marchito respondió:

—Esa mujer era sobre la Tierra una gran artista, y su voz brillaba como las estrellas errantes

sobre un cielo azul. Cuando sonó la hora de su muerte, Dios juzgó que esa voz era demasiado bella para morir, y la eternizó en la música eterna de sus esferas.. Esta mujer no cesa de escuchar esa música, y, oyéndola, goza los deleites de Dios. ¡No le dirijáis la palabra! Ella se cree en el cielo...

Cuando el hombre de la corona marchita callo, otro dijo:

—No es cierto. Esa no es la historia de aquella mujer. Sobre la Tierra un poeta la hizo el único objeto de sus cantos y el nombre de la artista que el poeta celebró perdura eternamente entre los labios de los hombres. Por eso ella pone el oído para escuchar las alabanzas que le tributan en todos los idiomas del mundo.

—Y al poeta—preguntó el recién llegado,—¿ella lo ama?

—No. Todos los días él se encuentra con ella, y ella no lo reconoce ..

—Y el poeta, ¿la reconoce?

—El—repuso el otro, riendo—es aquel poeta de la corona de laurel marchito que acaba de contar-nos la historia de su voz y que continúa en el Infierno repitiendo las mentiras que inventaba de los méritos de ella, cuando los dos andaban por la Tierra.

Pero el recién llegado agregó:

—¿Qué importa que la historia del poeta sea imaginaria si ha hecho feliz una alma de mujer en los Infiernos

OSCAR WILDE